

INTRODUCCIÓN

¿A QUIÉN LE IMPORTA SI CÉSAR ES UN LADRÓN?

«Conozco bien el problema... Yo dejé de construir en Milán porque en Milán no se podía construir nada si no te presentabas con el cheque en la boca.»

SILVIO BERLUSCONI

Si Julio César era un ladrón, ¿a quién le importa? La pregunta no es nueva pero con el tiempo no parece haber perdido su actualidad, si es cierto, como escribió el ensayista norteamericano John Jay Chapman, que «la falta de honradez puramente financiera muestra una escasa importancia en la historia de la civilización». Y si ciertamente son pocos los que recuerdan al obispo inglés Thomas Becket o al presidente norteamericano John Quincy Adams por su presunta falta de honradez, la impresión es que la corrupción de los grandes en el fondo se considera casi inevitable y que en algún caso, incluso, la percepción de los súbditos o de los ciudadanos ha sido la de poder contar con una consiguiente riqueza general y mayores ocasiones de negocios o prebendas para todos; que de algún modo, en definitiva, del banquete de los primeros acaben por caer, antes o después, las migas para los pequeños. «El débito público», escribía Coleridge en 1823, «ha hecho ricas a más personas de las que lo habrían merecido. Es como un comedor para el que se hubieran distribuido trescientos vales pero que en realidad sólo tiene capacidad para cien». En tal caso, entonces, puede ser que importen, ya lo creo, el conflicto de intereses y las acusaciones dirigidas al Príncipe; pero no sólo según alguna consideración virtuo-

sa y moralista. Porque la cuestión es justamente la opuesta: si la mayoría de los ciudadanos elige de hecho por sufragio universal al hombre que con pragmática sabiduría ofrece grandes esperanzas o si un gran número de ahorradores se sube voluntariamente al carro de un gran capitán de industria que promete sueños de riqueza, sería conveniente saber qué conciencia real tienen de la posible ventaja que puede obtenerse de la presunta falta de honradez del jefe. Es decir, si eso no les importa gran cosa o si, por el contrario, esa mayoría lo considera un factor relevante y decisivo en el acto de depositar su papeleta en la urna o en el momento de hacerse un hueco en la corte del magnate de turno.

Y no hay duda de que, al menos tanto como las tersas manos de los moralistas, las que están sucias y embadurnadas de barro ejercen en el fondo un discreto encanto en los mortales comunes; así es como los Nerón y los Calígula han pasado a la historia de igual modo que los santos (y bastante más que los honrados mediocres), y las hazañas de los grandes granujas, como nos cuenta Charles Mackay en su célebre muestrario de las locuras colectivas, excitan la memoria popular a lo largo de los siglos. Porque «la especulación», como escribió Washington Irving, «es la aventura romántica del comercio y envilece las realidades más sobrias. Hace del especulador en bolsa un mago, y de la bolsa un motivo de encanto».

«¿Qué vale una gonzúa frente a un título accionarial? ¿Qué vale reventar un banco frente a la fundación de un banco?», se preguntó no sin ironía Bertolt Brecht. Sin necesidad de retroceder mucho en el tiempo bastaría citar a la ex *premier* inglesa Margaret Thatcher: «Nadie se acordaría del Buen Samaritano si sólo hubiera tenido buenas intenciones. También tenía dinero». O también al ex presidente francés Charles De Gaulle, según el cual «la perfección in-

vocada en los Evangelios nunca ha construido un imperio. Porque todo hombre de acción posee una fuerte dosis de egoísmo, orgullo, dureza y astucia. Pero todas estas cosas le serán perdonadas, y hasta consideradas altas cualidades, si consiguiera utilizarlas para obtener grandes resultados». Ahora bien, ante la imposibilidad de sondear las mentes de la colectividad con resultados fidedignos, podríamos limitarnos a seguir las indicaciones de Benedetto Croce, para quien «no corresponde al historiador detenerse en los incidentes de los llamados escándalos bancarios y de las investigaciones sobre las responsabilidades y las culpas, materia predilecta de los moralistas baratos, utilizadas para sus fines incluso por sus opositores. Porque especuladores, hombres políticos poco escrupulosos y poco dignos, administradores fraudulentos, empleados desleales o venales, o pequeñas y grandes rapiñas son cosa de todos los tiempos y de todos los países...». O, todavía antes, nos podríamos fijar en las afirmaciones del filósofo Giambattista Vico, que, más allá de su intención de trazar los cursos y recursos de las grandes leyes históricas, fue, antes que otros, uno de los mayores sostenedores del historicismo, según el cual los resultados obtenidos por los individuos en la historia acaban por prevalecer de algún modo sobre sus propias intenciones. «¿Qué importa finalmente si Napoleón fue un tirano cruel y egoísta? Para un seguidor del historicismo Napoleón es la fuerza humana que difundió los principios de la Revolución francesa por toda Europa. El egoísmo y la crueldad son cuestiones que atañen a su conciencia o a su confesor, no al historiador» (Giuseppe Prezzolini). Otro presidente francés parecía estar de acuerdo: «Es necesario relativizar», declaró Mitterrand a quien le reprochaba su implicación en negocios poco claros. «Richelieu, Mazarino y Talleyrand se apoderaron del botín. ¿Pero quién se acuerda de ello?»

Para no ceder a la tentación de evitar ocuparse de tales episodios menores de corrupción, que sin embargo son internacionalmente reconocidos como «violaciones de derechos humanos», la cosa podría enfocarse entonces de otro modo, es decir buscándola en la diferencia, al menos parcialmente objetiva, que hay entre una gran cantidad de fechoría y otra más pequeña (en el fondo, como sugería Diógenes Laercio, «son los grandes ladrones los que hacen que se cuelgue a los pequeños»). En todo caso, si se supera la posible objeción de partida relativa a la generalidad del término *corrupción* y se restringe preferentemente el objetivo de la presente reconstrucción a la «corrupción política y económica» y, por lo tanto, a quien ejerce un poder de naturaleza política, financiera o funcionarial (sin cerrarse a la posibilidad de salir del estrecho análisis del delito), se puede, en definitiva, recorrer fácilmente una buena parte de la historia del hombre a través de la maleabilidad de los poderosos y de los menos poderosos frente a la oferta ilícita y a la tentación de los subordinados respecto al posible «atajo» que orilla la norma. En tal sentido puede ser útil, en el fondo, contradiciendo el título de esta introducción, y como se hará en las páginas que siguen, recorrer las «proezas corruptivas» de grandes y menos grandes (dando preferencia a los gobernantes, a los políticos, a los funcionarios públicos, a los numerosos estafadores financieros y, sobre todo, a quienes han escrito acerca de ello) a lo largo de un itinerario histórico más o menos cronológico y predominantemente «occidental», con todos los límites de una reconstrucción un tanto deliberadamente memorística y marcadamente «citoria» que recurre ampliamente, además de a la crónica, a la historia entendida en sentido más estricto y a las diversas publicaciones de naturaleza filosófica-política, sociológica o normativa, así como a los testimonios literarios de todas

las épocas, que representan a menudo un fascinante espejo del tiempo que los ha alumbrado. En cierto sentido, por tanto, una especie de historia de las costumbres y una casi historia literaria de la corrupción.

Se ha dicho que «el delito paga» y que la avidez, a veces, es la palanca del progreso material; por otra parte no hay duda de que no están al alcance de la mano posibles correcciones de rumbo general en cuanto a la difusión de la honradez del prójimo. «Sobre un punto del diagnóstico», escribe Guido Rossi a propósito del endémico conflicto de intereses que caracteriza a la economía capitalista con escándalos como el de la bancarrota de la multinacional norteamericana Enron, «sería oportuno seguir reflexionando: es un punto muy sencillo, un pasaje que Martín Lutero extrajo de una carta de san Pablo: “Raíz de todos los males es la avidez de dinero”». ¿Obvio? Quizá. Pero es cierto que la considerable difusión de tal avidez, junto a la monotonía de quienes no se oponen al fenómeno corruptivo, corre el riesgo de convertirse en sinónimo de deshonestidad, en vez de sana ambición y de sentido de los negocios: «Estos neoladrones, o posgentilhombres, no son ni siquiera trepadores sociales, no tienen esnobismos, pretensiones de imagen, aspiraciones a gratificantes contactos. No sueñan con maniobrar ocultamente la masonería, los ministerios, los bancos, el Vaticano, el país entero... Juegan a un juego moderado, gris. Son personas serias en cierto sentido, sin pájaros en la cabeza: los oscuros servidores de la adjudicación de contratatas, los modestos chupatintas del cohecho» (Fruttero y Lucentini). El historiador británico Niall Ferguson sostiene, con fundadas razones, que no es «el dinero el que hace girar el mundo... Han sido los acontecimientos políticos, y sobre todo las guerras, los que han plasmado las instituciones típicas de la vida económica moderna: burocracias recaudadoras,

bancos centrales, mercados de obligaciones, bolsas y parlamentos representativos... que Gran Bretaña fue la primera en desarrollar en el siglo XVIII, pero que fueron adoptadas luego por todas las potencias occidentales». Ha ido todavía más allá Samuel Huntington, el autor del *Choque de civilizaciones*, conocido sobre todo en el mundo académico por haber sostenido en *Political Order in Changing Societies* (1968) que en determinadas condiciones históricas y sociales la corrupción puede ser considerada también un factor de modernización y de progreso económico, permitiendo, por ejemplo, un recambio social a favor de clases emergentes dispuestas a desbancar el obstruccionismo de las viejas élites (corrupción política), garantizando agilizar los procedimientos burocráticos en los contextos que experimentan, junto a la modernización, también una insana pero inevitable multiplicación de leyes, permisos y procesos (corrupción administrativa) y seleccionando a los principales actores del mercado a fin de que surjan aquellos que se muestran capaces de invertir de modo fuerte y eficaz en el sostenimiento (incluso sobornando) de sus propios proyectos empresariales (corrupción económica). ¿Ejemplos? Para Huntington son, entre otros, los países en vías de desarrollo de los primeros años setenta pero también la Inglaterra del 1700 (en vísperas de la Revolución industrial) y la América de la conquista del Oeste y de la construcción de los ferrocarriles.

Se esté de acuerdo o no, el caso es que billetes en mano, comisiones, sobres y porcentajes sobre contratas parecen ser el inevitable precio a pagar frente a precisos engranajes sociales o características antropológicas inalienables. La cuestión entonces es la de conocer sus límites, sacar a la corrupción de la zona de sombra de lo oculto a la que por lo general ha sido reservada, de manera que no acabe discriminando a los grupos más débiles y a las minorías no

escuchadas. La cuestión es, en definitiva, evitar la hipocresía desbordante o, directamente, la tendencia al olvido de quien, como escribía Fortebraccio bastante antes de la implantación del euro, «cree todavía, a su edad, que la lira es tan sólo un instrumento musical con esta única extravagancia: que después de haberla tocado, como hace a menudo, en vez de volver a guardarla en la funda, se la mete en el bolsillo».

En el transcurso de su existencia, gobernantes, hombres de negocios, poderosos magnates, aprovechados de todo tipo, pero también hombres respetables y aparentemente alejados de cualquier pecado, se han encontrado todos con la sutil y penetrante fragancia de la inmoralidad y la corruptela: alguno más, alguno menos, sin duda, incluso si la reacción idiosincrática de todos ellos parece haber sido, en la mayor parte de los casos, la de taparse la nariz y ocultar ese encuentro con un piadoso velo que acostumbra a tenderse de un modo casi inconsciente, bien por desmemoria pasajera, bien porque un provecho ilícito de dimensiones menores parece poder cancelarse por la enormidad de las trampas ajenas. «Han ganado los impunes», ha escrito Marco Travaglio refiriéndose a una parte de la clase dirigente del país implicada en las investigaciones de los años noventa. «Nos han impuesto la amnesia, haciendo superflua incluso la amnistía. Nos han robado todo: primero las carteras, luego la memoria, ahora incluso el lenguaje... La más colosal operación de desinformación que recuerde la reciente historia de Italia». Así, salvo repentinas oleadas moralizadoras, que la historia registra cíclicamente, como en la Italia de los años de Mani Pulite [Manos Limpias], hasta la llamada sociedad civil ha acabado por olvidar que el vicio sigue corrompiendo almas buenas y menos buenas y que, una vez pasada la emergencia, con la decadencia de las costumbres de

los hombres famosos, de los criminales empedernidos o de los poderosos, ha acabado por olvidar también el propio vicio. Por lo demás «no se discute con las creencias de las masas como no se discute con los ciclones», como escribió Gustave Le Bon en su *Psicología de las masas*. En fin, queda siempre el riesgo, ínsito en los propios límites de la democracia (que representarían un largo capítulo aparte), que algún día se verifique, paradójicamente, lo que escribía Bertolt Brecht, es decir, que el jefe del Gobierno se despierte un día y dicte un decreto de este tenor: «El pueblo nos ha defraudado. Si no cumple con su deber, el Gobierno lo disolverá y elegirá a otro».

Bastante antes de la época de Tangentópolis*, Giorgio Bocca escribió que se podría hacer un largo elenco de hombres «profundamente implicados en casos de corrupción que, tras de breves eclipses, al volver todos a gozar del respeto y de las reverencias generales, son recibidos por todos con esta *arrière pensée*: “Pobrecito, lo han enredado, pero lo mismo que le han acusado a él podría pasarme a mí también”». Por otra parte, cuando asistimos a las requisitorias de nuestro actual primer ministro contra los presuntos excesos de una parte de la magistratura, tendemos a olvidar cómo, frente al surgimiento de la «cuestión moral» que siguió al escándalo de la masonería y de sus infiltraciones en una parte relevante de la clase dirigente del país al comienzo de los años ochenta, a las precedentes correrías del financiero Sindona y al crac del Banco Ambrosiano de Calvi con el apoyo de Licio Gelli, jefe de la logia masónica P2, la reacción de los partidos, como la del socialista o la del socialdemócrata, fue durante tiempo la de preferir, no el intento de deshacer realmen-

* «Ciudad de las comisiones (o sobornos)», apelativo adjudicado a la ciudad de Milán, epicentro de toda una serie de episodios de corrupción. (N. del T.)

te los nudos de la fechoría, sino el mero desahogo oratorio de las invectivas y de los graves ataques contra los magistrados. En aquellos mismos años, el de Giorgio Ambrosoli parecía ciertamente un caso aislado: nombrado en 1974 comisario para la liquidación de la Banca Privata Italiana del financiero siciliano, se encuentra pronto ante graves irregularidades y falsificaciones, pero no por ello se pliega a los intentos de corrupción y a las amenazas dirigidas contra él: «Es indudable que, en cualquier caso, pagaré un alto precio por el encargo: lo sabía antes de aceptarlo y por lo tanto no me lamento en absoluto, porque se me ha concedido una oportunidad única de hacer algo por el país». Fue asesinado por un sicario en 1979.

Baste recordar, entre los últimos acontecimientos difundidos por la televisión y los periódicos, la bancarrotas de las compañías Cirio, de Sergio Cagnotti y Parmalat, de Tanzi, y las sospechas sobre las cuentas de Finmatica, de Pierluigi Crudele (y, al otro lado del océano, las quiebras de Enron y de Worldcom que han afectado dramáticamente a cientos de miles de ahorradores y han arrastrado al final de una historia centenaria a una empresa de consultoría y análisis financiero, como Arthur Andersen); algunos escándalos en el campo de la sanidad, como el de los «negocios» del médico Giuseppe Poggi Longostrevi y a las comisiones del hospital Molinette de Turín, en el que se ha visto implicado, entre otros, uno de sus dirigentes, el emprendedor Luigi Odasso; las investigaciones y los interrogatorios sobre cohechos denunciados y presumiblemente destinados a conquistar un lugar en el palco del Festival de la Canción Italiana en San Remo; los escándalos de los exámenes comprados, protagonizados por algunas facultades de la Universidad La Sapienza de Roma; y, por primera vez, la inscripción en el registro de investigados de la fiscalía de Milán, por favores y cohechos, de tres sociedades anónimas y de sus dirigentes o res-

ponsables (según las nuevas normas que invierten la costumbre al permitir la incriminación directa de personas jurídicas). En 2004 ha surgido un nuevo y ramificado sistema de pago de sobornos ligado a los suministros de Eni-power, y algunos periódicos han informado de la atención de la opinión pública sobre casos de dispendio de dinero público: «Como ya sucedió con Affitópolis* , el tumor puesto al descubierto también por Vittorio Feltri», comentó Giampaolo Pansa, «también Sprecoópolis** es un Vajont*** de infamias (éticas y de estilo, cuando no jurídicas). Son historias que dan lugar a la consternación: izquierda y derecha ya se han homologado en la empresa de gastar sin control con estúpida arrogancia». Entre los numerosos libros de este periodista piemontés se cuenta *Il Malloppo*****, que describe un sistema de reparto del poder, con distintos protagonistas a los actuales, pero sustancialmente no muy diferente al de hoy en día: «No era toda la sociedad italiana la que comía del pesebre del cohecho, sino solamente los partidos y los empresarios que vivían gracias al sistema del *malloppo*. En 2005 explota Bancópolis; son sus dramáticos protagonistas Giampiero Fiorani, de la Banca Popolare de Lodi, y Antonio Fazio, gobernador del Banco de Italia, ambos investigados por especulación abusiva; en complicidad con otros maniobran en el mercado para tomar el poder en la Banca Antonveneta frente al intento de controlar la por parte del banco holandés ABN Amro. En el mismo periodo, el banco Unipol, de Giovanni Consorte, lanza una

* De *afitto*: alquiler, arrendamiento. (N. del T.)

** De *spreco*: dispendio, derroche. (N. del T.)

*** Vajont es un valle (nordeste de Italia) donde tuvo lugar una catástrofe en 1963, al desbordarse la presa del mismo nombre, debido a un gigantesco deslizamiento de rocas, lo que causó 2.000 muertos. (N. del T.)

**** *Il Malloppo* es un juego-concurso televisivo emitido por la RAI, con premios en metálico. (N. del T.)

oferta de adquisición sobre la BNL para obstaculizar la opa del BBVA español, y también él es acusado de haber actuado irregularmente y de acuerdo con Fiorani y Fazio. En ambos casos, no faltan los apoyos políticos en el Parlamento (aunque inevitablemente causaran más alboroto las llamadas telefónicas entre el jefe del que en su día fue el banco de las cooperativas “rojas” de la Emilia Romagna y el secretario de la DS (Demócratas de Izquierdas) Piero Fassino».

El nivel de corrupción en Italia, según los cálculos de Transparency (que se ocupa de monitorizar la tasa de legalidad de la administración pública en buena parte del mundo), ha empeorado en su conjunto desde los primeros años noventa, colocándonos d hecho en el antepenúltimo puesto de Europa. Así, si la palma de la transparencia le corresponde a Finlandia, antes de llegar a Italia hay países como Botswana y Namibia. Y ello incurriendo en costes que los contribuyentes pueden no percibir directamente, ya que se ha calculado que, si cada punto porcentual de aumento de impuestos reduce en un 5 por ciento el flujo de las inversiones extranjeras en Italia, cada grado de aumento en el nivel de corrupción lo reduce, por el contrario, en un 16 por ciento. Y es en este sentido en el que se ha hablado y se vuelve a hablar hoy de Mani Pulite como de una ocasión perdida para enfrentarse a un fenómeno que vuelve a aflorar cada día en las crónicas. Incluso el Parlamento había establecido en 1997 un instrumento propio de investigación, con la Comisión contra la Corrupción, presidida por Giovanni Meloni, de Refundación Comunista, pero sus trabajos se arrastraron morosamente y terminaron prácticamente en nada tres años después.

Según el politólogo italiano Giovanni Sartori la situación empeoró con el nacimiento del «partido empresa» impulsado por Berlusconi, es decir, con Forza Italia. A